

# EVOCACION

Luis Miguel Enciso Recio

A Felipe Pérez Crespo y a su mujer, Joaquina Gárate.

## I

”P

ARA Luis Miguel Enciso, con la esperanza de que me readmita como historiador.» El cese en la Dirección General de Bellas Artes inspiró a Florentino Pérez-Embid esta frase, entre traviesa y burlesca, transcrita en la última obra suya que llegó a mis manos: *Castilla y Portugal en la Sierra de Aracena*<sup>1</sup>. El trabajo, impecable de técnica y arropado con un estilo de singular tersura y precisión, ha venido a ser, inesperadamente, el hito final de un *curriculum* historiográfico denso y brillante.

Desde 1944 a 1973 no hay año en que la firma de Pérez-Embid deje de aparecer en la portada de un libro o al pie de un estudio histórico o un artículo de prensa. La andadura iniciada, con precoz instinto, en la Sevilla de sus amores había de alcanzar, en el curso del tiempo, cotas de elevada calidad y riqueza de matices.

Entre una frondosa bibliografía, algunos títulos merecen, por unas razones o por otras, la más alta estimación y están destinados a ser «clásicos». Permítame que cite los que gozan de mi particular predilección: *El mudéjarismo en la arquitectura portuguesa*

de la época manuelina<sup>2</sup>, *El Almirantazgo de Castilla hasta las capitulaciones de Santa Fe*<sup>3</sup>, *Una sistematización de la Historia de los descubrimientos geográficos*<sup>4</sup>, *Construcciones militares del Virrey Amat*<sup>5</sup>, *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas*<sup>6</sup>, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*<sup>7</sup>, *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*<sup>8</sup>, *La expansión geográfica de Nueva España en el siglo XVII*<sup>9</sup>, *Ambiciones españolas*<sup>10</sup>, estudio preliminar de la antología *Textos sobre España, de Menéndez Pelayo*<sup>11</sup>, *Los católicos y los partidos políticos españoles a mediados del siglo XIX*<sup>12</sup>, *Los católicos españoles ante la Restauración liberal*<sup>13</sup>, *Libertad, Tradición y Monarquía*<sup>14</sup>, *Pleitos colombinos*<sup>15</sup>, *Paisajes de la tierra y del alma*<sup>16</sup> y *Pedro Millán y los orígenes de la escultura en Sevilla*<sup>17</sup>. No se piense que el «muestreo» sea caprichoso. Ante todo, se recogen en él los distintos temas que el autor se propuso acometer: Historia y crítica de Arte, Historia de la Marina y de los descubrimientos, Historia y Política contemporáneas. Los fines son diversos y también la técnica de elaboración, que oscila en la amplia gama que va de la literatura de creación a la obra científica, pero el observador atento perci-

<sup>1</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Castilla y Portugal en la Sierra de Aracena*, Sevilla, 1974, Premio Ciudad de Sevilla.

<sup>2</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *El mudéjarismo en la arquitectura portuguesa de la época manuelina*, Sevilla, 1944, Premio Camoens 1946.

<sup>3</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *El Almirantazgo de Castilla hasta las capitulaciones de Santa Fe*, Sevilla, 1944.

<sup>4</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Una sistematización de la Historia de los descubrimientos geográficos*, «Arbor», Madrid, núm. 15, 1946.

<sup>5</sup> F. PÉREZ-EMBIG y V. RODRÍGUEZ CASADO, *Construcciones militares del Virrey Amat*, Sevilla, 1947.

<sup>6</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948.

<sup>7</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, «Revista de Indias», Madrid, 1949.

<sup>8</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*, Sevilla, 1950.

<sup>9</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *La expansión geográfica de Nueva Es-*

*paña en el siglo XVII*, «Revista de Indias», Madrid, núm. 45, 1951.

<sup>10</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Ambiciones españolas*, Madrid, 1953.

<sup>11</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, *Textos sobre España*, selección, estudio preliminar y notas de F. PÉREZ-EMBIG, Madrid, Rialp, 1955.

<sup>12</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Los católicos y los partidos políticos españoles a mediados del siglo XIX*, «Nuestro Tiempo», Pamplona, núm. 46, 1958.

<sup>13</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Los católicos españoles ante la Restauración liberal*, «Nuestro Tiempo», Pamplona, núm. 48, 1958.

<sup>14</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Libertad, Tradición y Monarquía*, Madrid, 1960.

<sup>15</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Pleitos colombinos*, tomos I y VIII, Sevilla, 1967 y 1964 (en colaboración con A. MUÑOZ, J. A. CALDERÓN y F. MORALES PADRÓN).

<sup>16</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Paisajes de la tierra y del alma*, Madrid, 1972.

<sup>17</sup> F. PÉREZ-EMBIG, *Pedro Millán y los orígenes de la escultura en Sevilla*, Madrid, 1973.

birá una tónica común en los escritos, derivada de la coherencia del razonamiento, el orden expositivo, la brillantez de las intuiciones y la propiedad del estilo. Por lo demás, es evidente que la huella de época se marca de forma inequívoca y, a veces, singularmente expresiva en muchos de los trabajos.

Toda obra escrita resume una parcela importante del quehacer intelectual. Sin embargo, en el caso de Pérez-Embido, el libro, el artículo o el ensayo envuelven sólo un haz limitado de su personalidad, dinámica y creadora. Las tertulias vivaces, las conversaciones sin márgenes de convencionalismos o topes horarios, los diálogos entreverados de opiniones o consejos nacidos de una rabiosa espontaneidad, dejaron tras de sí una secuela de enseñanzas cálidas y de inmediata cercanía a las experiencias vitales. Se educa y se forma con esquemas o mediante incitaciones, con sistema o al filo de los problemas que van surgiendo,

aupados en el método o a través de sugerentes pinceladas, que sólo resultan definitivamente significativas ensambladas en el marco del propio esfuerzo personal. Pérez-Embido se inclinó más a la segunda de las direcciones apuntadas. Humanizaba siempre lo doctoral, ponía un tinte poético, genial o desenfadado en las palabras, se dejaba ganar sólo por las ideas de perfil nítido. Nunca habló con pedantería, nunca se perdió en una dialéctica formalista, nunca gustó de las abstracciones excesivas ni olvidó que el pensamiento encarna en esa realidad primera que es el ser humano. Gonzalo Fernández de la Mora lo ha recordado recientemente y le ha calificado de «pensador para la realidad, escritor que aspira a proyectarse sobre los hechos, teórico de la acción»<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *En la brecha*, «ABC», Madrid, 31 de diciembre de 1974.

Con el matrimonio Vázquez de Prada en Sanlúcar de Barrameda.



No cabría definir a Pérez-Embíd sólo como un historiador, y no le vería tampoco reflejado en el horizonte exclusivo del ensayista, el humanista o el artista de la palabra. De todo ello hubo en su peripecia intelectual, pero el impulso superior que da fuerza a ese todo debía ser su propia personalidad de *uomo universale*, su peculiar forma de ser y de manifestarse.

Se ha dicho, y es verdad, que era un «hispanizador en lo sustantivo», pero también se le reconoce su condición de «europeísta en los medios». Fiel a las grandes tradiciones, no dejó de ser, al mismo tiempo, un espíritu moderno, abierto al ancho campo de mutaciones accidentales que cada época va agregando al escueto manto de las verdades esenciales. Su colaboración con Rodríguez Casado, Muro, Calderón, Morales Padrón y otros americanistas en la fundación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y la Universidad de La Rábida; sus tareas en la secretaría de «Arbor», la revista «Ateneo» o la colección «Naturaleza e Historia»; la vicedirección de «Cuadernos Hispanoamericanos», la dirección de «O crece o muere», la «Enciclopedia de la cultura española», la «Gran Enciclopedia Rialp» o «Atlántida» y la presidencia del Consejo de Dirección de «Bellas Artes» acusan unas constantes de pensamiento, unos troqueles editoriales y hasta líneas estéticas comunes, pero también sirven de testimonio para acreditar su sereno modo de entender la accidentalidad de ciertas formas, la necesidad del cambio en un momento dado y la capacidad para buscar las líneas de confluencia entre las «tendencias de época» y un ideario central e irrenunciable. El mismo hecho de que buscara cauces de expresión para gentes polifacéticas o de muy diversa incardinación ideológica, su exquisito respeto para la libertad espiritual e intelectual de cada una de ellas son también muestras palmarias de una reconfortante amplitud de miras, muy alejada del «posibilismo» frívolo o desaprensivo.

Claves importantes de la fisonomía intelectual y humana de Pérez-Embíd rozan la política.

Traspuesta la frontera de los treinta y tres años, fue nombrado director general de Información, y en la difícil década de los cincuenta dejó huella de su capacidad organizativa, de su facilidad para conocer y valorar a las personas y de una excepcional perspicacia en la tarea de descubrir las vertientes fundamentales en que mueve la clase política, muy particularmente la española. No todo el mundo estuvo de acuerdo con su modo de hacer, y el propio Pérez-Embíd de la madurez rectificó algunos de sus puntos de vista, pero su obra arroja un saldo genérico muy positivo. El impulso y reordenación de los Ateneos, la promoción de los Festivales de España —singularmente los de Santander—, la organización de sugestivos y novedosos ciclos de conferencias y el estímulo de publicaciones culturales son hitos a recordar espe-

cialmente significativos. En suma, su «política cultural» fue libre en sus horizontes, respetuosa con unos postulados y urgida por el deseo de ofrecer amplio campo a las conductas nobles, proviniesen de donde provinieren.

Tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que Pérez-Embíd iniciara, con el ministro Villar Palasí, una nueva singladura política. Al frente de la Dirección General de Bellas Artes desplegó una actividad llena de eficacia, originalidad y buen gusto. Cuidó con singular delicadeza a los artistas, renovó los grandes museos madrileños, sevillanos, toledanos, catalanes, abulenses, salmantinos, vallisoletanos y de otros lugares; dio un auge singular a las jornadas musicales en provincias y a los conciertos del Real; legisló con inteligencia para proteger el tesoro artístico nacional, adquirió obras importantes, cuando hubo lugar, y organizó exposiciones de excepcional calidad. Esta ingente labor se hizo posible gracias a un acierto de principio: la ponderada selección de los colaboradores que habían de ayudarle a hacer realidad sus ambiciosos proyectos. Con justicia puede decirse que amó el arte en todas sus manifestaciones y que no fue ajeno a los problemas de la arqueología, pero, por encima de esas específicas actitudes y preocupaciones, participó en las inquietudes más vitales de la política educativa del país y dejó oír su voz, con especial resonancia, en las cuestiones relativas a la vida universitaria.

Su biografía política termina donde había comenzado: en la Universidad. El hilo de sus días quebró cuando se afanaba en la tarea de consolidar y remodelar, en lo necesario, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. Sin rupturas con el pasado que le precedió, se propuso, y realizó, reformas en muchos planos. Ante todo, evidenció, una vez más, su esencial preocupación por rodearse de un equipo eficiente para cubrir las metas trazadas. Para ello aprovechó los buenos oficios de personas competentes y emprendedoras que habían hecho posible en décadas anteriores excelentes logros de los cursos estivales santanderinos, y llamó a colaborar a gentes nuevas, dotadas de un decantado espíritu universitario y singular dinamismo. Sus inquietudes estéticas y su fina sensibilidad de historiador le llevaron a remozar el palacio de la Magdalena, y sus dotes de gobierno le impulsaron a modernizar o modificar, con ritmo prudente y pausado, la organización interna y las actividades docentes o culturales. La prometedora trayectoria de su gestión como rector se vio interrumpida, de forma dramática, por la enfermedad y la muerte. Sin embargo, el eco de su obra no se ha apagado y, gracias a la delicadeza de las autoridades académicas de la Universidad Menéndez Pelayo y a la fidelidad de muchos santanderinos que le admiraron



Noche de inauguración de la Feria de Sevilla en el nuevo sitio de Triana. 1 mayo 1973. Con los miembros del Instituto de Restauración de obras de arte.

en vida o le profesaron leal amistad, el recuerdo de Pérez-Embido no ha decaído en su vigor.

Esta misteriosa emoción que ha ganado, después de su muerte, a muchos de los que le conocíamos, y que se expresa en Santander y en tantos otros escenarios de su vida, me lleva a formular y dar respuesta a unas últimas y obligadas preguntas: ¿cómo era, qué pensaba, qué amaba y qué adoraba Florentino Pérez-Embido?

## II

”**P**ARA Maite y Luis Miguel Enciso, mi última firma con cincuenta y cinco años». El 11 de julio de 1974 Florentino Pérez-Embido cumplía cincuenta y seis años. Poco antes de iniciar la cena, en uno de los rincones predilectos del Santander veraniego, dejó escritas estas palabras que vinieron a ser premonitorias. Ni él ni nosotros sabía-

mos que nunca nos iba a honrar con otra firma suya y que su 57 aniversario no llegaría a celebrarse en la vida de la tierra.

Ahora, cuando la nostalgia y el afecto me llevan suave, pero inevitablemente, hacia el pasado, me doy cuenta de que los recuerdos se encadenan en una larga serie de actos y circunstancias sin esquema ni resumen posible.

Primero, los tiempos en que Florentino, ya en su cátedra de Madrid y luego en su primer cargo público, era guía y, en buena medida, maestro de un grupo de jóvenes inquietos que tratábamos de abrirnos camino en la Universidad española de la década de los cincuenta. Más tarde, las inolvidables experiencias de La Rábida, dirigida con tanto talento y libertad de espíritu por Rodríguez Casado. Con el doctorado a mis espaldas, Florentino vino a ser un crítico delicado, pero sincero, respecto a los errores de enfoque, la insuficiencia del esfuerzo o las limitaciones de preparación para la dura escalada de la cátedra. Nunca sabré agradecerle que no me votara en unas oposiciones decisivas, porque me obligó a reflexionar sobre mis juicios de valor y me empujó

a respetar la honestidad de quienes, en la búsqueda de la justicia, adoptan criterios que no se compadecen con nuestros puntos de vista. Ya colegas, los encuentros y diálogos son Florentino menudearon en Madrid, La Rábida, Pamplona y Valladolid. En los últimos seis años, verano tras verano, Santander y la singular península de la Magdalena han sido testigos de charlas e intercambios inolvidables, en los que una amistad sincera y antigua se ha profundizado de manera definitiva. En contraste con personas que se alejaron de él, otros nos hemos sentido cada vez más cerca de este andaluz universal que nos ha grabado a fuego el hechizo de su peculiarísimo modo de ser, de su talento y de su inagotable bondad.

Sería un empeño vano y desorbitado explicar en estas breves consideraciones cómo era Florentino Pérez-Embid. Pero no me sustraigo a la tentación de divagar sobre tres vertientes que me parecen decisivas para abrir una brecha en su intimidad.

La primera es su amor por la vida y por los hombres. Nada del mundo le fue ajeno, aunque él estuvo por encima de muchas cosas del mundo. Dio primacía indudable al sentimiento y se dejó ganar, muchas veces, por una intuición de meridional que raramente le engañaba. Pero supo respetar también los dictados de la razón y del sentido común. Una delicada simbiosis de pasión y serenidad le llevaba a buscar las verdades nutricias, los centros básicos de decisión, la fuente de la belleza, los caminos para llegar derechamente al ser humano.

Estas condiciones naturales se vieron remodeladas por el juego de la voluntad y el entusiasmo. Pocas veces una disciplina interior se manifestó en formas más sonrientes y libres, más acordes con cada ambiente, más adaptadas a la realidad. El observador superficial sólo podía distinguir en Florentino una individualidad de trazos firmes, un cierto aristocratismo en las formas y un reiterado esteticismo, el ingenio a flor de piel y un lenguaje desenfadado y original, al que acompañaba siempre una gesticulación de rica e inimitable expresividad. Pero estas y otras características o modos de manifestarse no tenían casi nunca objetivos líricos o impersonales. En su vehemencia y en su humor; en su lucha por esquivar la nostalgia o el decaimiento de ánimo, en la broma y en el placer de descubrir o acercarse a las personas o las cosas había siempre un objetivo muy profundo: el deseo de comunicarse, de respetar y ser comprendido y, sobre todo, de entregarse y ayudar a los seres que se cruzaban en su existencia. Discutió, polemizó y, a buen seguro, no siempre acertó en sus valoraciones, pero su generosidad fue más allá que sus reticencias o enfrentamientos. Alguien que asistió a su entierro en Madrid me escribía hace muy poco: «A diferencia de otras personas que tienen amigos y enemigos, en

el caso de Florentino los amigos y los enemigos... éramos las mismas personas. Cualquiera de los que estábamos allí habíamos tenido, o nos parecía haber tenido, nuestras diferencias con él; pero todos le queríamos y nos sentíamos queridos por él.»

Otra dimensión capital de Florentino Pérez-Embid era su religiosidad. De joven había adquirido un conocimiento básico de la Teología, que se acusa en su pensamiento y que no dejó de actualizar cuando le fue posible. En contraste con la actitud crítica a que le inclinaba la profesión, su piedad fue sólida y sencilla, basada en unas pocas devociones fundamentales. La ascética rozaba de forma esencial sus acciones, pero nunca alcanzaba formas aparatosas: una sonrisa frente a una impertinencia o un juicio irresponsable, una copa de vino menos grato, un matiz imperceptible, una tensión enfundada por la gracia y la delicadeza. Se diría que en Florentino la carnadura de un hombre del Renacimiento estaba sobreelevada por un constante ruido interior, por un sonriente espíritu de desprendimiento. Tal vez la forma más perceptible y evidente del mensaje que siempre alumbró su vida se manifestaba en la inquietud apostólica. Detrás de la amistad había una preocupación por las almas, entre la conversación se advertía frecuentemente una sugerencia que acercaba a Dios, y en el trabajo continuado y más profundo los vaivenes de la alegría se sobreponían, muchas veces, a sus preocupaciones íntimas, a la tristeza o al malhumor. Mucha gente conocía su vinculación al Opus Dei, pero algunos no supieron interpretarla. Unos, no podían comprender que Florentino no fuese nunca un político confesional; otros, se extrañaban de su escaso interés hacia las estructuras o las mentalidades de clase, compensado una y mil veces por el amor y la ayuda a las personas, y no faltaron los que, con superficialidad notoria, trataban de identificar sus actitudes políticas con supuestas ideologías o tendencias políticas del Opus Dei. La lealtad que le unió siempre a la Casa Real española y a la institución monárquica, en la que coincidíamos algunos de sus amigos, fue fruto de un sentimiento y de una decisión libérrima y bien meditada. En el caso de Florentino, como en tantos otros, la fe religiosa no eliminó los defectos de la propia naturaleza, pero contribuyó de forma definitiva a infundirle continuos propósitos de acercarse a la bondad.

Una tercera vertiente de su mundo íntimo me parece que estaba en su españolismo. No me refiero, claro está, a una posición nacionalista, ni siquiera a una ideología. Ciertamente amó y respetó a España y que estuvo «en la brecha» de eso que él llamaba la «conciencia nacional unitaria». Pero yo hablo de algo más hondo; de un estilo vital o, si se quiere, de una idiosincrasia.

Florentino fue, ante todo quiso serlo, un «sevillano de la sierra de Aracena».

De uno de esos rincones de la Sierra sevillana —dejó escrito recientemente— vine yo para siempre a nuestra ciudad hace ahora cuarenta años. Sevillano me he sentido desde que allí nací, y mucho más desde que a los dieciséis años me vine a estudiar a Sevilla. En suma, sevillano he sido y soy —y ése es mi orgullo y mi alegría— por la fuerza de la geografía y de la historia y también por mi propia elección.

Tuvo «el tipismo y universalidad» de las gentes de su tierra, la misma que él describiera con tanto tino: «desde el acento y la manera andaluza de pronunciar el castellano, hasta la fantasía popular y la genuina alegría de vivir». En alguna ocasión bromeaba con el trascendentalismo de los castellanos, pero, la verdad sea dicha, la impronta burgalesa de su madre se reflejaba en más de un rasgo de su carácter y, sobre todo, en la seriedad con que afrontó las que consideraba cuestiones fundamentales. Por lo demás, él no era hombre de lugares o comarcas, hombre de fronteras. Su afecto a Cataluña se tradujo no sólo en la relación cordial con Vicens, Reglà, Giralt y otros historiadores o intelectuales, sino en la admiración conjunta y sostenida por la obra y el modo de ser de los catalanes. Palabras de elogio y sentimientos admirativos tenía también para Extremadura, Aragón y otras tierras de España. Pero quizá, excepción hecha de Andalucía y Madrid, su amor de predilección se inclinó siempre hacia dos ciudades: Santander y Toledo.

Viajó y cambió con frecuencia de paisajes y ambientes. Leyó, y hasta habló, con un deje particularísimo, algunas lenguas extranjeras; tuvo amigos allende los Pirineos y más allá de la «Mar Océana», pero no perdió nunca su irrenunciable impronta hispánica. Tengo aún el recuerdo de una charla en el palacio de la Magdalena. Para explicarme que, después de una grave enfermedad, había perdido el miedo instintivo a la muerte, me confesaba que se sentía ya *au-dessus de la mêlée*. La cáscara francesa de sus palabras dejaba más clara aún su españolísima manera de afrontar la realidad vital.



Con Felipe Pérez Crespo.

Son muchas —todas— las cuestiones que se quedan en el tintero y demasiado evidente la ligereza de esta imprecisa evocación. Pero he tratado de poner de manifiesto, por lo menos, que la presencia de Florentino permanece en sus amigos tan indefinible e intensa como en los versos de Miguel Hernández a los que aludiera Sebastián García Díaz en una ocasión memorable:

*A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.*

(«Diario Regional», Valladolid, 8 de enero de 1975.)